

SANTA LAURA MONTOYA  
DALLA PREGHIERA ALLA MISSIONE  
(1874-1949)

LUIS MARTÍNEZ FERRER  
*Pontificia Università Santa Croce – Roma*

### **1. Biografía**

Laura Montoya Upegui nació el 26 de mayo de 1874 en la localidad de Jericó, en la región de Antioquía, en Colombia. Fue bautizada cuatro horas después de nacer con los nombres de María Laura de Jesús. Sus padres fueron Juan de la Cruz Montoya y Dolores (Doloritas) Upegui. Tuvo dos hermanos, Carmelita y Juan.

Dos años después de nacer, el padre de Laura fue asesinado en el contexto de las interminables luchas entre conservadores y liberales en Colombia. Es muy destacable que Doloritas hizo rezar todos los días a sus hijos por el asesino, sembrando en sus almas una profunda semilla de perdón y reconciliación.

Tras la muerte del padre, la familia pasó muchas dificultades, y Doloritas tuvo que separar a sus hijos y confiarles a algunos familiares. Laurita, quizás por el contraste por los modos y gracias de su hermana Carmencita, fue despreciada por algunos familiares y llevó una infancia de soledad y dolor.

Estando en la hacienda de Amalfi de sus abuelos, mientras contemplaba el trabajo de una colonia de hormigas, recibió una gracia mística sobre la paternidad de Dios, creador de la naturaleza y Persona muy cercana a cada uno. Esa gracia, a la que llamó “el golpe del hormiguero” orientó el espíritu de la niña, que se volvió muy fervorosa y, en particular, muy devota de la Eucaristía.

Tras los primeros estudios, Laura se encaminó hacia la misma profesión de su madre, la de maestra. Ingresó en la “Escuela Normal de Señoritas” de Medellín (capital de la provincia de Antioquía y segunda ciudad del país).

En 1893 se graduó como maestra y comenzó a trabajar en diversas localidades de Antioquía, destacando su desempeño en el Colegio de la Inmaculada de Medellín. Su vida interior era ya muy intensa y en su profesión de maestra buscaba acercar a Dios las almas de sus alumnas. Personalmente notaba unas grandes ansias de tratar a Dios, y pensó durante un tiempo que su vocación era la de monja carmelita.

Más adelante, en 1907, mientras trabajaba en el colegio de la Marinilla, comprendió que su llamada era la evangelización de los indígenas. Por entonces, indígenas de diversas etnias poblaban diversas partes del norte de Colombia, y habían

sufrido no pocos atropellos por parte del hombre blanco, ya en la época de los conquistadores españoles, y después con diversos elementos colombianos y extranjeros, que desalojaban a los que llamaban los aborígenes de sus tierras para seguir sus propósitos de tipo comercial o a veces incluso criminal. El proyecto de Laura, que veía como una voluntad divina, estaba erizado de dificultades: no sólo tenía que buscar compañeras para lo que llamó “la Obra de los Indios”, sino sobre todo obtener los necesarios permisos eclesiásticos.

Superando los primeros obstáculos en 1908, acompañada de dos señoritas y un sacerdote, hizo un primer ensayo de entrada evangelizadora entre los indígenas de Urabá de la etnia Embera-Chamú. Estaba ya completamente convencida de su misión, en la que iba a perseverar hasta el final.

De una forma más estable, en 1914, teniendo 39 años, Laura se trasladó con seis maestras y su propia madre Doloritas a la localidad de Dabeida, conocida como “la puerta de Urabá”. El obispo de Santa Fe de Antioquía Maximiliano Crespo Rivera había permitido la entrada para evangelizar a los indígenas Emberá Katías (llamados también Chocoes).

El siguiente paso fue la consolidación de la “Obra de los Indios” mediante la fundación de una Congregación religiosa, que tomó el nombre de “Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Siena”, y que fue aprobada a nivel diocesano en 1916. Laura se había convertido en la Madre Laura; las maestras se habían convertido en religiosas, con la casa de Dabeida como sede principal del instituto, desde donde partirían las diversas correrías apostólicas.

Como fruto de la preocupación contemplativa de la Madre Laura por los periodos en que sus hijas pasaban en las estaciones misioneras (llamadas “ambulancias”) sin apoyo del sacerdote y, por tanto, sin Eucaristía, escribió “Voces místicas de la naturaleza”, una joya de la literatura espiritual, en la que animaba a contemplar a Dios a través de la creación, tan exuberante en aquellas regiones del Urabá colombiano.

En 1917 el obispo Crespo Rivera aprobó las constituciones del Instituto. En adelante la “Obra de los Indios” se extendió fuera del Departamento de Chocó. En 1919 se fundó una misión con personas de raza negra. Debido a diversas contradicciones, también dentro de elementos eclesiásticos, en 1930 la Madre Laura emprendió un viaje a Roma para obtener la aprobación pontificia de la Congregación. Encontró el apoyo de Giuseppe Pizzardo, secretario de la Congregación para los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, y pudo saludar, aunque fugazmente, al Papa Pío XI. La aprobación definitiva tuvo que esperar hasta 1953, cuatro años después de su muerte.

Los últimos nueve años de la vida de Madre Laura fueron sellados por la enfermedad, que la retuvo casi permanentemente en una silla de ruedas. Fueron tiempos de gobierno de la Congregación, de escritura de libros y de profunda unión con Dios.

Murió, tras larga agonía, el 21 de octubre de 1949. En vida de la fundadora se abrieron más de cien casas de las que hoy llamamos “lauritas” en Colombia, Ecuador y Venezuela, llegando a ser más de 450 religiosas.

Laura Montoya Upegui fue beatificada por San Juan Pablo II en 2004 y canonizada por Francisco en 2013.

## 2- La misión con los indígenas nace de la relación con Dios

La situación penosa de los indígenas de América llevó al papa San Pío X a escribir la encíclica *Lacrimabili statu* (1912). En Colombia, en la época de actividad de Madre Laura los indígenas sufrían diversas injusticias y malos tratos por parte de los hombres blancos, aunque la zona de Urabá no era de las más problemáticas<sup>1</sup>.

Con todo, lo que llevó a Laura Montoya a ocuparse de los naturales no fueron meramente motivos de justicia social o filantrópicos, en sí mismos muy loables. Ella se sentía llamada por Dios sobre todo para ocuparse de las almas de aquellas personas. En este sentido es significativo su relato del primer encuentro con una comunidad indígena en 1908:

*Nuestra alegría al verlos [los indígenas] fue la mayor. Ellos nos rodearon con la mayor confianza y nos preguntaron a qué íbamos. Les dijimos del modo que pudimos, que Dios nos mandaba a bautizarlos para que fueran al cielo. [Y añade, Madre Laura] Por supuesto, que nada o muy poco entendieron<sup>2</sup>.*

Los naturales no lo entendieron, pero ahí queda la declaración explícita del carácter sobrenatural de su misión. Las anécdotas podrían multiplicarse. He aquí otra: Madre Laura, como todos los misioneros y catequistas de todos los tiempos, tuvo que armarse de paciencia para hacer entender a sus indígenas las verdades de la fe católica. En una ocasión, relata en su autobiografía lo penoso que era hacerles entender algunas realidades espirituales. Y exclama:

*Dios mío, si no me hubieras armado de tan intenso interés por esas almas, no hubiera podido conservar el equilibrio de carácter, ante estos pobres salvajes. Pero [...] me sobraba todavía ánimo y valor, para soportar mucho más. ¡El dolor de las almas es tan intenso, Dios mío!<sup>3</sup>.*

Es claro el espíritu sobrenatural de la misionera que le lleva a sacrificarse para el bien de sus naturales. En uno de sus apuntes de conciencia expone así los problemas que se interponían a la labor sobrenatural con los indígenas:

---

<sup>1</sup> Cf. M. L. GRIGNANI, *Propaganda fide, le missioni e le schiavitù de facto degli indigeni in America Latina (1918-1922)*, Urbaniana University Press (Saperi testi e contesti, 6), Città del Vaticano 2022, 252-270.

<sup>2</sup> L. MONTOYA UPEGUI, *Autobiografía o “Historia de las misericordias de Dios en un alma”*. Fundadora Congregación de Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Sena, Congregación de Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Sena, Medellín 2008, 264.

<sup>3</sup> *Ibidem*, 493.

Señor, despierta que el horizonte se cierra. Y la barca queda estancada. Levántate y dile a la tempestad: “Calla,..... enmudece”. Y el vendabal cesará y tu barquita bogará a toda vela hacia el mar infiel, en donde las redes te darán buena pesca!

¡Levántate! Acuérdate que el mar de Tiberíades oyó esta tu voz en favor de los apóstoles y obedeció!

Acuérdate en favor de estas Misioneritas que desean darte buena pesca. ¡Acuérdate!

**Señor ¡Parece que el rumbo se cierra!**<sup>4</sup> En tu nombre y por tu orden, Laura tiró la barquita y el borrascoso mar del mundo infiel, no la anegó.

Mas, Colombia, mar de pasiones, sin fondo, la lleva encima, y el viento arrecia..... ¡Duermes, Jesús? Los Catíos, los Chocoos, los Tegrias y los del Sarare, esperan la barca y ansían en ella bogar.....<sup>5</sup>

En lo que respecta a la relación con el medio ambiente, la Fundadora vertió su espíritu contemplativo en la ya citada obra *Voces místicas de la naturaleza*. En ella encontramos textos como éste:

*Todo lo tierno, como los huevitos de los pájaros; crías recién nacidas de animales, pajaritos que cantan como en diálogo; animales mansos que se acarician, una gallina con pollitos y en general, cuanto respira amor en la naturaleza, como el [arco] iris, la salida o caída del sol, las brisas suaves y ligeras que se levantan en las tardes y en las mañanas, etcétera, todo esto debe excitarles ternura con Nuestro Señor que se dignó, en sus enseñanzas, poner comparaciones con estas cosas, para mostrar su delicadeza y ternura con los hombres<sup>6</sup>.*

Proponemos otra elevación mística de la santa colombiana al contemplar los cielos copados de nubes negras:

*Al mirarlo [las religiosas] exclamen: Líbrame, Dios mío, de las negruras de la mala conciencia que no permiten conocer la verdad de vuestro Espíritu. Hazme de recta y pura conciencia [...] la negrura del pecado me espanta. ¡Oh! ¿Cuándo me veré libre de él? ¡Oh! y ¿cuándo me será dado infundir en las almas de los pobrecitos infieles y pecadores tal horror al pecado que nada teman fuera de él?<sup>7</sup>.*

Las citas podrían multiplicarse, para evidenciar la realidad de una visión orante de la naturaleza, diversa de un planteamiento ecológico cerrado a la trascendencia.

Podemos cerrar este apartado con un arranque que tiene en su autobiografía, viéndose ya avanzada en edad, y por tanto cerca de poder gozar de Dios en el Cielo:

---

<sup>4</sup> En negrita en el original.

<sup>5</sup> *Propósitos y luces espirituales de la Madre Laura Montoya Upegui*, presentación y notas por el P. Carlos E. Mesa CMF, Editorial Granamétrica (Colección M. Laura), Medellín 1974, p. 154. Se ha conservado la ortografía original.

<sup>6</sup> L. MONTOYA, *Voces místicas de la naturaleza*, Imprenta Héroes, Madrid 1961, 452.

<sup>7</sup> *Ibidem*, 36.

*Dios mío, ¿cómo en el cielo podré ser feliz y no sufrir, viéndote desconocido de los hombres, viéndote ofendido y sobre todo, viéndote blasfemado? Si no me cambias Dios mío, ¿con tu licencia me vuelvo a la tierra, a llorar por el desconocimiento de los hombres!*<sup>8</sup>

Su celo por el apostolado entre los indígenas estaba encuadrado en una atmósfera de trato con Dios, de buscar su voluntad, de procurar su reconocimiento por parte de los hombres.

### **3- Actualidad de la Madre Laura Montoya**

— Como primera consideración me parece muy destacable su “unidad de vida”: Laura Montoya fue una mujer colombiana, cristiana, maestra y fundadora de una Congregación religiosa. Con todas las limitaciones de todo ser humano, Laura fue siempre la misma, coordinando todo su mundo interior y exterior en torno a un centro que estaba fuera de ella, la llamada de Dios. En este sentido es muy elocuente su valentía para superar tantas dificultades, y su lucha contra el pecado, considerado como el gran mal, que le llevó a orar siempre por la conversión de los pecadores.

En modo más concreto, yo diría que sus aportaciones, ejemplos y enseñanzas se mueven en torno a estos ejes:

— En cuanto a su vida como maestra, procuró integrar las enseñanzas humanas y civiles con la preocupación espiritual por las alumnas.

— Respecto a la labor con los indígenas prevalece netamente la dimensión sobrenatural. Los indígenas tienen dignidad humana y por tanto han sido salvados por Cristo como los demás hombres. Su fin principal en su acción con ellos era su salvación eterna.

— Hay que destacar también en Laura Montoya su espíritu de perdón y reconciliación. Gracias al ejemplo de su madre aprendió a perdonar nada menos que al asesino de su padre. Laura Montoya sufrió mucho a lo largo de su vida —también de parte de personas eclesíásticas— pero no se dejó arrastrar por el victimismo o el rencor. Aprendió a aprovechar el dolor para ganar en intimidad con Dios, gracias a su profunda vida interior.

— En cuanto a su actitud con la naturaleza, Madre Laura nos ayuda a verla con ojos de fe, como hechura de Dios, como llamada a su respeto y serena contemplación.

En definitiva, yo destacaría dos grandes aportes para hoy de la Madre Laura Montoya:

— El primero, y volvemos al principio de estas reflexiones, la Madre Laura nos señala que lo único verdaderamente importante en esta vida es procurar que Dios sea conocido y amado.

---

<sup>8</sup> L. MONTOYA UPEGUI, *Autobiografía*, cit., 454.

— El segundo se refiere a que las diferencias no deben ser motivo de confrontación; las diferencias nos ayudan a servir a los demás y a estimar la ayuda que nos dan los demás. Las diferencias nos ayudan a valorar al otro y a su cultura, siempre que no se trate de aspectos que objetivamente son ofensa de Dios.

